



Visita de profesores y alumnos al exconvento de Actopan, Hidalgo.

Imagen: ©José Roberto Ramírez, 1988.

La formación académica de los restauradores en las décadas de 1980 y 1990

María del Carmen Castro Barrera*

*Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural
Instituto Nacional de Antropología e Historia

Postulado: 26 de abril de 2020
Aceptado: 18 de mayo de 2020

Resumen

Se relatan experiencias y hechos del aprendizaje profesional de restauración de bienes muebles en la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía del Instituto Nacional de Antropología e Historia, en las décadas de 1980 y 1990.

Palabras clave

ENCRyM; formación académica; restauración.

Abstract

Experiences and facts of the professional learning of the restoration cultural heritage are reported in the Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía of the Instituto Nacional de Antropología e Historia, in the 1980s and 1990s.

Keywords

ENCRyM; education; restoration.



En 1983, año en que yo ingresé a la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía (ENCRyM), se implementó un nuevo programa de estudios. Hasta esa fecha, durante los últimos años, se llevaron a cabo cuatro planes de estudios distintos dependiendo de cada director y generación en turno. De los planes sólo se registró en la Dirección General de Profesiones el del año 1972 y los otros presentaban modificaciones de ese mismo. Dichos cambios fueron bastante desafortunados y los objetivos más relevantes de su estructura inicial, se perdieron.

Con el fin de resolver tal situación, el entonces director de la ENCRyM el profesor Jaime Cama Villafranca y sus colaboradores: el profesor Sergio Arturo Montero y el licenciado José Roberto Ramírez, los tres restauradores, plantearon la idea de armar un único plan de estudios que volviera a tener coherencia y que introdujera una perspectiva contemporánea y actualizada, tanto en el área científica como en la humanística, y que, a su vez, incluyera todas las novedades técnicas en los talleres. Ese nuevo plan de estudios tardó varios años en registrarse, en aquel momento, no se contaba con un consejo académico, ni con un reglamento que lo respaldara ante profesiones, una década después se logró contar con lo necesario. Durante ese tiempo el profesor Montero fue construyendo los contenidos de la licenciatura junto con el grupo de docentes contratados, casi todos mediante el formato de hora semana mes.

Desde aquel momento, se consideraron tres factores importantes:

1. Se partía del hecho de que los talleres y los objetos que ahí se restauraban eran el eje central de nuestro quehacer, la intervención de los bienes culturales definía qué información se requería de cada una de las disciplinas involucradas, es decir, a partir del trabajo en taller se determinaban los contenidos de las materias científicas y humanísticas.
2. Se tenía el objetivo de que el alumno debería considerar a la investigación como una parte sustantiva de su quehacer profesional.
3. El propio plan de estudios tenía la intención de recuperar la importancia formativa de las prácticas de campo efectuadas por alumnos.

Los seminarios-taller

Una de las aportaciones más importantes del profesor Montero fue la formulación de los seminarios-taller, los cuales se fueron modelando y enriqueciendo hasta la fecha. Los maestros de talleres eran restauradores experimentados y con especialidades diversas, por ejemplo, Luciano Cedillo en cerámica, el profesor Montero en pintura mural, Javier Padilla y Liliana Giorguli en pintura de caballete, entre otros. Para mí fue una experiencia inolvidable ingresar al primer taller, el de cerámica, los cursos prácticos y el aprendizaje de las técnicas de restauración se hacían en objetos originales desde el inicio de nuestra formación, era un privilegio manipular un cajete prehispánico original, desde ese momento, los alumnos adquiríamos un compromiso con la conservación de esos bienes y con la sociedad que los produjo.

Las diferentes disciplinas del área científica

En el área científica, se impartían materias como “Ciencia aplicada a la conservación” por los químicos Daniel Camacho y Beatriz Sandoval. Una de las propuestas más novedosas que hizo el profesor Camacho en el área del conocimiento, fue englobar en una materia que se llamó “Química



orgánica: polímeros I y II”, una gran variedad de materiales, tanto los que eran constitutivos de los bienes culturales, como los utilizados para su conservación. Se estudiaba en general de los polímeros naturales, artificiales, sintéticos, y de características orgánicas, ello permitía conocer ciertas propiedades y comportamiento fisicoquímico presente en una gama amplia de materiales. Quién me diría en ese momento, que unos pocos años después yo estaría impartiendo esa materia, cuando formé parte de la planta docente de la ENCRyM.

Para el conocimiento necesario sobre otros compuestos de origen inorgánico, como los materiales pétreos, arcillosos y metálicos, se implementaban en cada uno de los incipientes seminarios-taller otros cursos que profundizaran en el conocimiento del comportamiento material de acuerdo con el tipo de objeto que se restauraba, por ejemplo, en el taller de cerámica se veía química de arcillas o en el taller de metales, física y química de los metales; ambas materias fueron impartidas por la profesora María de la Gracia Ledezma. En pintura de caballete, el análisis de pigmentos y aglutinantes primero fue con el químico Alejandro Huerta y después con el químico Javier Vázquez quien imparte varias materias de química aplicada y se encarga de un laboratorio de la ENCRyM. Por otro lado, también se impartían biología aplicada en relación con el conocimiento estructural del papel y la madera, así como el tipo de microorganismos u otros organismos vivos como los insectos que deterioran estos materiales, en ese entonces los biólogos Pablo Torres y Fernando Sánchez compartían sus conocimientos sobre la madera y los agentes que la deterioraban, más adelante llegarían las biólogas Alejandra Quintanar y Gabriela Cruz.

Los conceptos filosóficos de la restauración en aquellos años

La materia de “Teoría de la restauración” impartida por el profesor Jaime Cama fue parte del programa de estudios a partir de 1983. Su eje rector consistía básicamente en la *Teoría de la restauración* de Cesare Brandi. La comprensión de conceptos tales como unidad potencial, pátina y los valores estético e histórico de la obra de arte fueron de gran importancia para establecer los criterios de intervención en talleres. Muchos de nosotros hemos confesado la dificultad que tuvimos para adentrarnos en el mundo teórico, desde la primera lectura de Brandi o del libro de *Abstracción y naturaleza* de Wilhelm Worringer. Sin embargo, el reconocimiento y consideración de las diferentes historicidades del objeto planteadas por Brandi, contribuyeron significativamente en el enfoque de los contenidos de las materias de historia. Hasta ese año las asignaturas que se cursaban eran: Historia del arte universal e Historia del arte mexicano, ambas de forma seriada, pero aún sin articulación con los talleres y menos con el área científica.

El materialismo histórico y los bienes culturales

Con el nuevo plan de estudios, se buscaba lograr una perspectiva que permitiera el análisis de los bienes culturales desde la óptica del restaurador y que incluyera el carácter social de nuestra profesión. En un primer momento se recurrió al historiador Alberto Híjar, teórico marxista y crítico de arte, que en la década de 1970 había impartido clases en la escuela; Híjar no pudo participar en esa ocasión y recomendó a dos de sus colaboradores: Renato Esquivel y María del Carmen Chicharro, a pesar de lo cual no se logró con ellos aterrizar la forma de aplicar los conocimientos en historia a la restauración. El enfoque se construye un par de años después con la propuesta del coordinador académico de la licenciatura, el restaurador e historiador Roberto Ramírez, cuyo perfil profesional permitió servir de enlace con las profesoras que impartían el bloque de historia: Guadalupe de la Torre, Concepción Obregón y Ana Cecilia Lazcano. Tal grupo logró establecer una metodología basada en conceptos del materialismo histórico aplicados en el



estudio del objeto para su restauración en los talleres. Se analiza entonces la función del objeto, el contexto histórico y geográfico en que se produjo, la organización social que los manufacturó, etcétera. Se comienzan a estudiar a los bienes culturales desde la perspectiva de su producción material, para definir los criterios de intervención en la imagen. Es así como surge la asignatura: "Historia de la producción de los bienes culturales" en el plan de estudios de las décadas de 1980 y 1990. También, por invitación de Guadalupe de la Torre, se suma a la propuesta la historiadora Magdalena Vences, quién aportó sus conocimientos en los cursos de "Historia de la producción de los bienes culturales, siglo XVI, México".

Esa forma de aterrizar el estudio histórico de los bienes culturales, no era al principio fácil de implementar en los talleres, claramente requería de un proceso de entrenamiento y aplicación en diferentes casos de estudio. Recuerdo una investigación efectuada sobre una pequeña escultura de san Francisco de Asís por un grupo de alumnos del taller de escultura policromada, desde mi punto de vista fue uno de los primeros ejemplos en que los alumnos claramente aplicaban tal metodología. El hábito del fraile presentaba dos policromías, una primera capa pictórica de color café y otra que la cubría de color azul; se planteaba entonces la disyuntiva de eliminar esta última, debido a que parecía tratarse de un repinte. En años anteriores, el argumento del "respeto al original" se utilizaba de manera irreflexiva eliminando policromías posteriores o de menor calidad. En ese caso, la investigación histórica emprendida por alumnos, partía claramente del objeto de estudio. La investigación les permitió saber que ambos colores de los hábitos fueron utilizados en diferentes épocas por los franciscanos, por distintas razones, una de tantas, el uso del color azul ligado a la devoción a la Virgen María. Lo que me interesa destacar con ese ejemplo sencillo, es cómo esta información le daba otra dimensión y sustento a la decisión y criterio con que se intervendría la pieza. Al final, se respetaron y dejaron coexistir las dos policromías, por ser ambas, testimonio documental de la historicidad de ese bien cultural y de la orden franciscana.

Cursos a nivel internacional

Uno de los eventos más importantes a nivel internacional fue el curso de conservación de pintura de caballete impartido por el Instituto Getty de Conservación junto con la ENCRyM (en 1987). Estuvo dirigido a restauradores de América Latina y a algunos alumnos de nuestra escuela. Por ejemplo, gracias a la participación del profesor Richard Wolbers comenzó el uso de geles para la limpieza de barnices y otros materiales, lo cual fue una revolución en las técnicas de limpieza practicadas hasta ese momento en nuestros talleres. También tuvimos el gusto de conocer a los esposos Laura y Paolo Mora, figuras icónicas de la conservación de la pintura mural en Italia y México. Cada uno de los profesores invitados, hicieron hincapié en el criterio de la mínima intervención, se reflexionó sobre los constantes reentelados con el método holandés a la cera-resina, y se plantearon otros tratamientos menos invasivos. De alguna manera, el curso emuló a los que en otro momento se llevaron a cabo con el Centro Internacional de Estudios para la Conservación y la Restauración de los Bienes Culturales (ICCROM) o con los que se llevan a cabo con el Programa para la Conservación en Latinoamérica y el Caribe (LATAM). La idea era poner a la ENCRyM a la altura de cualquier centro internacional de conservación, actualizando los conocimientos y modernizando nuestras técnicas de intervención.

Formación de técnicos en restauración especializados

Además de la licenciatura en Restauración de bienes muebles también se contaba con el plan de estudios para las carreras técnicas especializadas: restauración de documentos gráficos, pintura



de caballete, pintura mural, cerámica y, más adelante, instrumentos musicales. En un principio, el ingreso a esa modalidad formativa fue a partir de que los futuros alumnos tuvieran estudios efectuados hasta secundaria, no obstante, con el tiempo se comprobó que se requerían conocimientos en química orgánica y otras materias como física o biología que se cursan en nivel preparatoria. Aún y cuando se tuvieran por parte del alumno grandes habilidades técnicas, muchos de ellos no lograban acreditar todas las materias, lo cual impidió su certificación como restauradores técnicos profesionales. Por lo mismo, después de dos o tres generaciones de egresados, se consideró necesario establecer también como requisito para ese nivel profesional, el bachillerato.

A partir de tal momento, la mayoría de candidatos interesados en ingresar a la ENCRyM, prefirieron estudiar la licenciatura, para así tener un abanico más amplio de conocimientos en el campo laboral. Fue así como se perdió la importante oportunidad de consolidar la carrera técnica, sin duda útil y necesaria en nuestro gremio. No fue posible establecer claramente lo que se quería obtener como perfil de estos restauradores; es decir, si serían técnicos especializados con conocimientos profundos sobre un sólo tipo de objeto o si, como en el caso de la medicina, se buscaban enfermeros que apoyaran al médico. Por último, y de eso nos hemos percatado con el tiempo, no se estructuró adecuadamente su posible ingreso al sistema de plazas laborales institucionales, es decir, el ascenso de estos técnicos en el escalafón de restauradores es limitado, como lo es el aumento salarial.

Para el ingreso de alumnos los exámenes tenían como objetivo detectar y evaluar los conocimientos académicos, las habilidades manuales y percibir la capacidad de trabajo en equipo. Con el tiempo, ese proceso permitió que se integraran grupos muy consistentes, los alumnos seleccionados podían efectuar procesos teóricos bastante complejos, pero se fueron descuidando las aptitudes y habilidades manuales necesarias dentro del perfil de ingreso. Ello sin duda ha tenido un costo a través de los años, en la actualidad un cincuenta por ciento del trabajo directo en obra, tanto institucional como privado, es ejecutado por técnicos no formados académicamente, tal es el caso de artistas plásticos o diseñadores cuyas habilidades manuales y disposición para hacer el trabajo técnico les ha permitido ingresar a nuestro campo laboral como "auxiliares en restauración", pero no cuentan con la formación teórica requerida en el momento de intervenir los bienes culturales.

El seminario de tesis en apoyo de la titulación

Otro factor que debía estructurarse en aquel momento era lo que se había considerado como tesis profesional, para ello se implementó el método científico para normar y concretar los proyectos de tesis; se creó un consejo formado por profesores de la escuela, una materia de seminario de tesis y un taller de diseño de experimentos. Creo que uno de los grandes aciertos fue la formación de ese consejo de tesis donde participaban diferentes áreas de conocimiento, con el fin de obtener una revisión objetiva de los temas propuestos y evitar la unilateralidad en la aceptación de los mismos.

Las prácticas de campo en la formación de los alumnos

Las prácticas de campo o prácticas profesionales también tuvieron una reestructuración, la cual permitió que los alumnos no sólo tuvieran una posibilidad de reforzar y aplicar los conocimientos adquiridos durante el año escolar, sino que teníamos importantes responsabilidades administrativas



y profesionales, todas las experiencias eran muy formativas, ya que nos encontrábamos lejos de nuestro ámbito familiar e incluso en algunas prácticas los encargados del proyecto éramos los propios alumnos. Durante dos meses o más nos encontrábamos fuera de casa, a veces en sitios incomunicados o distantes como fue en las prácticas que se efectuaron en Guatemala y El Salvador. Al regreso a clases, una de las primeras actividades era la presentación en el auditorio del trabajo llevado a cabo en esos dos meses, se mostraba a toda la comunidad la riqueza formativa y profesional que se conseguía por medio del trabajo de campo.

Otra aportación importante de las prácticas de campo fue el cuidado con que se comenzó a llevar el registro del estado de conservación de los bienes muebles asociados dentro de zonas arqueológicas e inmuebles históricos, así como el registro de las intervenciones realizadas en ellos. Hasta la fecha otras áreas del INAH reconocen la calidad de informes que presentan los restauradores.



Figura 1. Graduación de la generación de alumnos de la ENCRyM, 1983-1988. Imagen: © José Roberto Ramírez, 1988.

El fruto de ese periodo de formación

Durante cinco años como alumna y seis como profesora de la ENCRyM, pude percatarme de muchos cambios importantes en la formación de los alumnos de aquella década. Los restauradores ya no sólo nos conformábamos con preguntar cuestiones meramente fenomenológicas, es decir, no sólo el comportamiento básico de los materiales ante los agentes de deterioro, sino requeríamos ir más allá, queríamos formar parte de ciertas investigaciones que requerían de análisis más sofisticados. Pedíamos cita en los laboratorios de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y con ayuda de algún técnico especializado, comenzábamos a manipular equipos más complejos, participábamos en la preparación de muestras para su observación en el microscopio electrónico



o para análisis cromatográficos, espectroscopía infrarroja, difracción de rayos X, Raman, aunque en aquel tiempo no se contaba con la gran ventaja de los equipos portátiles; también aprendimos a interpretar las gráficas y los espectros que arrojaba cada técnica de análisis, junto con cálculos y fórmulas que requerían una formación más amplia en la ciencias exactas.

La naturaleza material del patrimonio y los problemas asociados a los procesos fisicoquímicos y biológicos para su conservación hacían necesaria la aplicación de procedimientos y técnicas propias de las ciencias experimentales. Con los años aprendimos a saber qué y cómo solicitarles a otras disciplinas para poder solucionar parte de nuestros problemas. Desde el área de investigación siempre requerimos de la participación de diferentes profesionales y del apoyo de otras instituciones (universidades y otros centros de investigación); el objetivo ha sido, ya desde hace varios años, formar equipos interdisciplinarios que trabajen sobre la problemática que presenta la conservación de los bienes culturales desde una perspectiva más objetiva, enriquecedora y completa.

En la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural (CNCPC), donde en la actualidad trabajo, muchas de esas generaciones fuimos ingresando a esa dependencia como personal de base. La mayoría de estos restauradores han llevado a cabo una gran cantidad de proyectos interdisciplinarios de gran relevancia, investigaciones aplicadas para la conservación de los bienes culturales con aportaciones teóricas y técnicas importantes, aunque, es de llamar la atención cómo, hasta la fecha, algunos compañeros investigadores no reconocen al restaurador como su par y siguen considerando que no hacemos investigación o que no somos capaces de evaluar o dictaminar un proyecto de investigación en conservación, lo cual me parece una paradoja.

De ninguna manera se pretende que el quehacer del restaurador sustituya al del químico, al biólogo, al historiador, al antropólogo o al arqueólogo en los procesos de conservación de un bien cultural, sabemos que es imposible profundizar en todos esos conocimientos, sin embargo, seguimos necesitando resolver ciertas problemáticas, que no siempre son del interés de otras disciplinas. Por lo mismo, muchos de nosotros nos hemos especializar en otros campos. Los restauradores generamos conocimiento con apoyo de otras disciplinas, pero es a partir del análisis y observación detallada de las evidencias materiales, que el restaurador plantea las preguntas desde su campo muy particular del conocimiento.

Probablemente en lo que más se ha avanzado en la actualidad, es en la caracterización de materiales constitutivos de los bienes culturales y aquellos usados para su conservación, indudablemente el poder conocer de qué están hechos los objetos para su posterior tratamiento es de gran utilidad para nosotros; así como también hacer el diagnóstico de los procesos de alteración por diversos agentes responsables del deterioro. Por otro lado, la conservación requiere del estudio histórico para conocer la condición actual del objeto cultural, sin esa información sería imposible cualquier proyecto de intervención, algunos de los enfoques a los que recurre son: análisis de fuentes escritas e impresas, estudios formales, tecnológicos o científicos del patrimonio cultural. De igual modo el análisis histórico se nutre y demanda el estudio material y tecnológico de los objetos culturales de la mano de la historia del arte y la tecnología, a pesar de lo cual, el restaurador todavía tiene muchas necesidades por resolver y un compromiso enorme con la conservación de los bienes culturales.

Los temas que nos preocupan, generalmente son complejos porque luchamos contra el tiempo y el deterioro de los objetos, se requieren materiales que cumplan con un listado de criterios para su uso, a veces resulta incluso contradictorio cada requerimiento, por ejemplo, que el material sea



reversible, que no reaccione con el material original y a la vez que sea resistente a los factores climáticos, definitivamente es difícil que un producto cuente con tales propiedades al mismo tiempo. No tenemos una gama amplia de productos que nos faciliten tratar adecuadamente los bienes culturales, sobre todo aquellos expuestos a exteriores y más aún en condiciones ambientales adversas. Es prioritario impulsar el desarrollo de nuevas técnicas y materiales aprovechando el avance de la ciencia.

La conservación preventiva y al mantenimiento permanente son sin duda una de las mejores opciones para evitar el deterioro y tener que intervenir al objeto, a su vez nos ha permitido subsanar la falta de materiales idóneos para la conservación.

Por último, fue también con esas generaciones que se inició, con la intención más seria de contar con una revista escolar, la revista *Imprimatura*. Divulgar nuestra actividad a través de publicaciones, participación en congresos, seminarios, coloquios y otras actividades similares se volvió una constante hasta la fecha.

En conclusión, considero que todo lo que se construyó desde aquel periodo de formación sigue aún vigente, por supuesto ha seguido evolucionando en varios sentidos, nuevos conocimientos, diferentes docentes y adecuación de nuevas formas de aprendizaje, sin embargo, reconozco por todo lo expuesto anteriormente, que el programa de estudios que yo cursé, fue totalmente visionario y agradezco profundamente haber formado parte de ese grupo piloto en aquellos años.

*

